

Llamamiento a escritores

por EL ESCRIBA

Aunque tenía preparado un artículo —Fricciones saludables— cuya tema, como es de presuponer, se refiere a tesis culturales contrapuestas entre dos generaciones, no obstante y en vista de los actos de terrorismo cometidos contra la población civil en la tarde del miércoles 21, estoy en el deber, como ciudadano y escritor de aplazar la salida de dicho artículo y dedicar la columna de El Escriba al comentario y condenación de los referidos sucesos.

A primera vista, y visto lo corto de vista de ciertos sujetos, El Escriba, cuya función estaría limitada a la crítica literaria, no tendría por qué «reseñar» lo ocurrido en La Habana. ¡Cuán equivocados están! Aparte de que el escritor es una suerte de esponja que recoge todos los sucesos —desde los incidentes de la vida cotidiana hasta las grandes acciones de la historia—, se trata, en este caso que nos ocupa de un despiadado, artero e inhumano ataque a la libertad de todos y cada uno de los cubanos. Acabemos por decirlo: lo que nos estamos jugando y lo que estamos dispuestos a defender hasta la muerte es esa libertad. El sentimiento de libertad puede ser enfocado de varias maneras, pero eso sí, defendido de una sola, y que podría significarse en la gráfica frase: morir al pie del cañón. Porque si durante años fuimos más o menos esclavos, si durante años, por no pactar con la terminación, si durante años, por no pactar con la reacción, pasamos necesidades y vivimos oscurecidos, ahora, con la vuelta de la libertad, sabiendo el precio que se ha pagado por ella y sabiendo que si ella quedara conculcada nuestra existencia como hombres y como escritores quedaría invalidada, no podemos por menos que ponernos en estado de alerta, y defenderla cueste lo que cueste.

Supongo que a muchos de nuestros escritores le sucedería lo que a mí, quiero decir, que pudieran haber visto de muy cerca esa sombra fatídica que es un ataque por sorpresa, padecido en circunstancias de absoluta indefensión. Pues me ocurrió que a las seis de la tarde viajaba en una guagua de la Ruta Diez. De pronto, y como el vehículo se encontrara detenido por la luz roja, empecé, sin más ni más, a sentir el estallido de lo que podrían ser bombas, balas o granadas de mano (sólo un experto en balística hubiera podido precisar en ese momento de qué clase de explosión se trataba) e inmediatamente pude ver un anciano que se apretaba el vientre y doblándose caía en la acera sobre su propia sangre. Pero no era él la única víctima. A dos pasos, caía una mujer que llevaba un niño en brazos, y un poco más allá se retorcia por el dolor un albañil (al menos lo la cal). Al mismo tiempo parecía pues sus pantalones estaban blanqueados por una creciente confusión, un sentimiento de ira se iba apoderando de la multitud, haciéndola moverse en to-

das direcciones como buscando instintivamente, al mismo tiempo que la preservación de la vida la explicación de ese hecho abominable. ¿Cuál fue mi reflexión, cuáles fueron mis pensamientos en medio de tal espanto? Pues vi el espectáculo agigantado, vi un bombardeo en masa, vi cientos de muertos y heridos, y, sobre todo, vi la pérdida de nuestra libertad. Y también, consecuentemente, pensé que era necesario defender dicha libertad a toda costa.

Ciñéndonos ahora al escritor, quisiera refrescar (tanto para los que pasaron su juventud sin el disfrute de la libertad como para los muy jóvenes que empiezan su carrera literaria al amparo de ella) ciertos hechos, que a pesar de estar en el ánimo de todos, pudieran ser pasabienes de olvido momentáneo. Me refiero a cómo se vivió en Cuba después del gobierno de Estrada Palma hasta la caída de Batista. Pues, a medida que los gobiernos se sucedían en el poder, íbamos conjuntamente mermando nuestras libertades, con el agravante de que a dicha merma correspondía un acrecentamiento de los llamados métodos de fuerza. En este sentido la gama es variadísima: desde la archisabida compra de votos, pasando por la explotación del campesino hasta llegar a las torturas más refinadas. Todo ello traía del ciudadano, eso que po- aparejado el envilecimiento a poco lo va tornando en bestia de carga silenciosa y resignada. Y en cuanto al escritor: replegamiento, inhibición, y eso, que se dice de una tropa amedrentada: baja moral. Y los últimos años fueron —es de sobra sabido— particularmente ominoso. Poco a poco el cerco contra la cultura y la libertad de expresión se iba estrechando: media Cuba intelectual estaba en el exilio y la otra mitad padecía prisión, estaba en el clandestinaje o simplemente comprobaba espantada que la condición de escritor se había igualado, por la siniestra acción del batistato, con los oficios más viles, con la inercia más aterradoras.

Y ahora, cuando presentamos salvajadas como las del miércoles, cuando vemos a los perros de presa olisquear su elemento natural: la sangre humana, cuando sabemos que el triunfo de la reacción equivaldría a la muerte de la libertad, ¿qué menos podemos hacer si no poner nuestra columna al servicio de la Revolución y hacer un llamamiento a todos los escritores? Es por eso que me permito, en nombre de todos los escritores cubanos, protestar por el salvaje atentado a la ciudadanía y a sus libertades, y lo que es aún más importante: ponernos, sin reservas mentales, junto a Fidel. Pudiera darse el caso que algún escritor nuestro tuviese mayor autoridad moral que El Escriba para hacer este llamamiento; en ese caso que mis palabras hayan sido proferidas como provenientes de su persona. De un modo u otro habremos preservado la libertad.